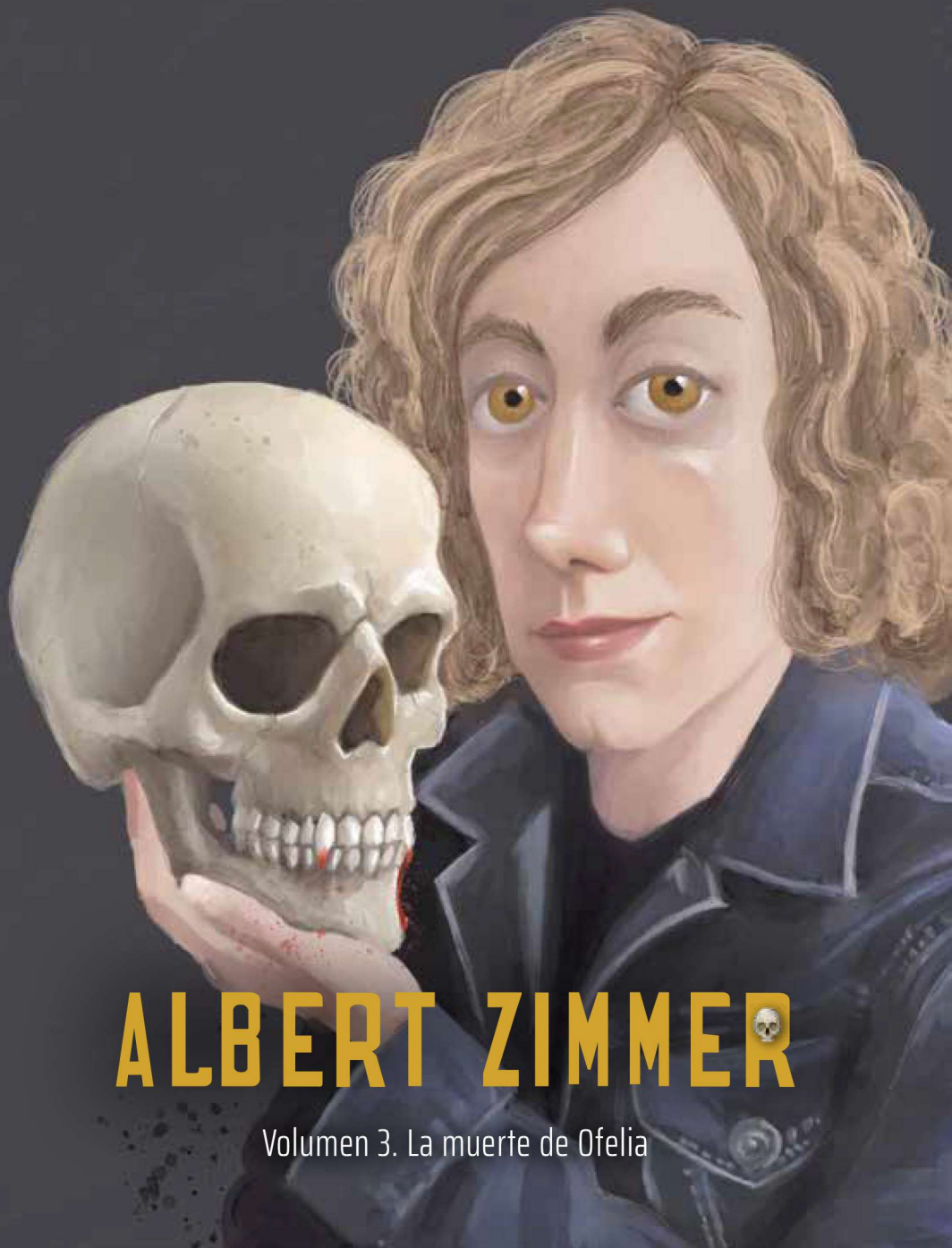


BEATRIZ OSÉS



# ALBERT ZIMMER

Volumen 3. La muerte de Ofelia

# ALBERT ZIMMER

Volumen 3. La muerte de Ofelia




# ALBERT ZIMMER

Volumen 3. La muerte de Ofelia

BEATRIZ OSÉS

**edebé**



© Beatriz Osés García, 2022  
© de la edición: Edebé, 2022  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

Dirección: Reina Duarte  
Diseño de la colección: Book & Look  
© Ilustración: Iban Barrenetxea

1.<sup>a</sup> edición, octubre 2022

ISBN: 978-84-683-5639-6  
Depósito legal: B. 10960-2022  
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos — [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



*A Cloé, je t'aime  
(Erik Vogler).*





## *La llamada de Roth*

**M**e llamo Albert y soy adicto a la sangre. Berta Vogler me adoptó años atrás aunque decidí conservar el apellido de mis padres biológicos: Ackermann. Sin embargo, todos me conocen por Zimmer y me recuerdan un pasado que trato de olvidar. Por circunstancias que no vienen al caso, el destino y un par de calcetines me unieron al petardo de su nieto, Erik. Para colmo de males, comencé a sentirme condenadamente atraído por su novia, la inalcanzable y hermosa Cloé, después de reencontrarme con ella en *La Rose Rouge*. Inicié mis estudios de criminología en Ámsterdam y frecuentaba Leidseplein, donde una joven universitaria de la que desconocía el nombre traficaba con su dulce sangre.

Había transcurrido casi un mes desde que resolviéramos el caso del asesinato de los sentidos, en Frankfurt, cuando un lunes por la mañana me despertó el sonido vibrante de mi móvil. Tanteé la mesilla sin despegar del todo los párpados. A duras penas, sin incorporarme siquiera, logré leer su nombre en la pantalla. ROTH. La primera palabra que me vino a la cabeza fue «crímenes».



—¿Zimmer? —preguntó con la voz ronca.

—Prefiero Ackermann, si no le importa.

—Es la costumbre —se justificó, dándome a entender que me seguiría llamando Zimmer de por vida—. Supongo que te imaginas por qué te llamo.

—Sorpréndame —contesté sarcástico.

—Vogler me telefoneó hace un par de noches, de madrugada.

Sonreí con malicia. Siguiendo el ejemplo de Berta y de Frank, había tomado la costumbre de silenciar el móvil por la noche porque Vogler era capaz de llamarme a cualquier hora intempestiva para contarme alguna de sus chorradas paranormales, sin tener en cuenta el cambio horario, dado que vivía en Nueva York.

—¿Y qué le contó esta vez? —pregunté y resoplé hinchando los carrillos.

—Ha tenido una visión con un hombre degollado.

—¿Y?

A esas alturas, viniendo del pijo de Bremen, nada me sorprendía.

—Estaba muy agobiado —continuó Roth—. Decía que llevaba un par de días viendo la cabeza cortada por todas partes. Que incluso se le apareció reflejada en el escaparate de la joyería Tiffany, balanceándose ante él.

¿Y para eso me despertaba el comisario? Me parecía una historia tan *light* que no lo pude ocultar.

—¿Qué se puede esperar de un paranoico que se infla a valerianas? —repliqué.

—Si solo fuera eso, Zimmer. Resulta que la cabeza, según él, guardaba un gran parecido con un cuadro de Caravaggio que representa la decapitación del gigante Goliat.

—En definitiva, que se trata de un melenudo, con barbas y bigote.

Porque yo no estudiaba arte, como el panoli de Nueva York, pero leía y visitaba museos.

—Es que ahí no acaba el asunto —prosiguió el comisario.

—Pues vaya al grano porque me estoy quedando «sobao».

Me desesperaba el tono misterioso que empleaba Roth para contarme el motivo de su llamada.

—Vogler piensa que esto es el inicio de algo mucho más siniestro —dijo tras sonarse los mocos.

—Vamos, hombre, ambos sabemos que a Erik le encanta dárseles de trágico.

—También sabemos que suele acertar —repuso él.

—¿Qué quiere decir?

—Me ha llamado una colega de Múnich, la comisaria Schneider, para informarme de que han hallado el cadáver de una mujer metida en una bañera, en el salón de su casa.

Arrugué el entrecejo. No me parecía un lugar demasiado apropiado para colocar una bañera. «Otra esnob», pensé.

—¿Y cuál es la relación de ese caso con la premonición de Vogler? —le interrogué.

—Por lo que mi compañera me ha comentado, la víctima estaba caracterizada como el cuadro de *La muerte de Ofelia*, una obra de un pintor romántico llamado Everett Millais, creo. Yo tampoco estoy muy puesto en arte —reconoció—. Te acabo de enviar al correo electrónico un billete de avión para que tomes el vuelo de la una del mediodía. Un coche te recogerá en el aeropuerto Franz Josef Strauss, de Múnich.

—¿Causa de la muerte?

—Hay que esperar a la autopsia para determinar si se trata de un suicidio o de un asesinato. Hemos encontrado

varias cajas de sedantes y ansiolíticos en su baño y restos de pastillas en el lavabo. En un principio se baraja esa posibilidad como causa del fallecimiento. En el cuerpo no parecía que hubiera signos de violencia. Un testigo dice haberse cruzado con un hombre que salía del apartamento de la mujer una hora antes de que su cuerpo fuera hallado por una amiga.

—Entiendo.

—Berta ya está avisada y saldrá de Bremen esta mañana. A la comisaria le interesan sus conocimientos en historia del arte para esta investigación. Vogler ha tomado ya un vuelo desde Nueva York.

Me tentaba la idea de preguntarle por Cloé. Me mordí el labio inferior. ¿Cómo hacerlo sin que se me viera el plumero? Por fortuna para mí, Roth se adelantó a mis deseos.

—También he contactado con la chica francesa, la estudiante de Medicina Forense. Me dijeron que fue providencial en la resolución de los crímenes de Frankfurt.

—Sí, es buena —dije en modo automático.

—¿Buena? —repitió Roth—. Buena, no. Esa joven es brillante —me corrigió con aire de superioridad—. El comisario Mauer me habló maravillas de ella. Los de la científica salieron impactados con sus deducciones. Me han contado que tiene un olfato infalible para la muerte, una especie de don natural.

Sonreí y guardé su secreto. En el fondo, yo era un caballero. Cloé tampoco tenía tanto mérito conociendo su condición. Sin embargo, opté por seguirle la bola.

—Lo de la muerte y ella es algo casi místico —afirmé.

—Pues tomará el próximo vuelo a Múnich desde el aeropuerto de Orly en París.

—¿Y la comisaria Schneider está de acuerdo?

—Totalmente. Está al corriente de los resultados de Frankfurt. Además, aunque ella, no te lo voy a negar, en un primer término me pidió la colaboración de Erik y de su abuela, aceptó encantada cuando le dije que Mauer había escrito en su informe: «Los cuatro forman un equipo excelente y muy compenetrado».

—Así que funcionamos como un *pack* indivisible.

—Llámalo como quieras, Zimmer, pero espabila. Si lo necesitas, toma un taxi para llegar con antelación al aeropuerto. Recuerda que exigen presentarse dos horas antes para facturar la maleta.

—¿Qué maleta? —protesté—. Yo no soy Erik. A mí con una bolsa de deportes me sobra.

—Bueno, tendrás que prepararte algo de ropa, digo yo —adoptó un tono paternalista.

¿Preparar? ¡Qué poco me conocía Roth! Metería un par de vaqueros, cuatro camisetas, dos jerséis, calzoncillos y calcetines. Tomaría la bolsa de aseo si me acordaba. Porque, de lo contrario, siempre contaba con los botes de gel del hotel. Y, en un caso extremo, tenía la sugerente alternativa de robarle algo a Vogler.

—En fin, acelera —me ordenó—. No se te ocurra perder ese vuelo.

—No se preocupe, Roth. ¿Acaso no confía en mí?

—Si te soy sincero, prefiero la puntualidad de Vogler.

—Eso me ha dolido, comisario.

Colgué el móvil y lo dejé sobre la mesilla. Respiré hondo y noté el perfume y el calor de la muchacha pelirroja tendida a mi lado. La estreché con fuerza entre mis brazos y pensé en la inalcanzable Cloé.